

GARCÍA PEINADO, Miguel Ángel, *Hacia una teoría general de la novela*, Madrid: Arco Libros, 1998, 392 págs.

Una de las líneas de investigación más fecundas de la teoría literaria actual es sin duda la Narratología o ciencia del discurso narrativo. Desde los iniciales trabajos sobre el cuento folklórico ruso de W. Propp (1928) y las reflexiones de formalistas rusos como Tomachevski, el análisis de la narración ha alcanzado un nivel de rigor y precisión muy alto al que han contribuido de manera relevante investigadores del neoestructuralismo francés como Todorov, Brémond, Barthes, y especialmente Gérard Genette, aunque no sólo ellos. La narratología y la teoría de la novela cuentan con la obra imprescindible de Bajtín y con las valiosas aportaciones de novelistas y críticos de tradición anglosajona como Henry James, Percy Lubbock, Forster, S. Chatman, etc.. En España podríamos citar también los estudios de Baquero Goyanes, Carmen Bobes, Darío Villanueva, o Pozuelo Yvancos, entre otros. El libro que presenta ahora el profesor Miguel Ángel García Peinado, catedrático de Francés de la Universidad de Córdoba, recoge el legado teórico y crítico elaborado por estos estudiosos, aunque sus referencias y citas privilegien la escuela neoestructuralista francesa, y trata de aplicarlo a un ambicioso objetivo que es proponer una teoría general de la novela.

El autor es consciente de afrontar una tarea arriesgada, pues si algo caracteriza el género literario de la novela es su extrema diversidad de temas, de formas, de intenciones, de estilos. De ahí las múltiples definiciones del género que han dado novelistas y críticos, algunas de las cuales se transcriben aquí como la de Pierre Daniel Huet de 1670 o la del Marqués de Sade de 1800. Por otra parte, el mismo término de “novela” plantea un problema de base pues se trata de una categoría moderna, de delimitación tardía en las poéticas europeas, cuyo origen se sitúa en obras españolas como *El Lazarillo de Tormes* y *El Quijote*, pero que se configura en la novela inglesa del XVIII y se consolida en la narrativa realista europea del XIX. No parece entonces pertinente incluir bajo esta categoría obras como los romances artúricos o las novelas de caballerías que más bien pertenecerían a otra tradición más antigua de la narrativa de ficción, que los ingleses denominan *romance*, y que delimitó con enorme perspicacia en 1780 la escritora Clara Reeve en su libro *The Progress of Romance*.

Así las cosas, se hace imprescindible de entrada delimitar tanto el alcance del término como la perspectiva teórica y metodológica desde la que se va a proponer esa teoría general de la novela. García Peinado se refiere a la novela “moderna” (el *roman* en su acepción francesa), y argumenta en favor de una definición en la que lo dominante sea la “materia narrativa, es decir, la aventura histórica y los personajes que la llevan a cabo” (71). Así pues, la clave para una teoría de la novela no reside tanto en sus rasgos formales, sistemati-

zados por la Narratología y comunes a otras formas de narración, cuanto en el contenido que García Peinado concreta en “la narración de las aventuras, destino o psicología de unos personajes inmersos problemáticamente en un trasunto de realidad” (69). Con esta perspectiva fundamentalmente temática, en la que se advierte el eco de la definición de Lukács, el profesor Peinado dedica el primer capítulo a hacer un recorrido por la evolución del héroe novelesco y ello en dos apartados: primero, se repasan las teorías sobre el héroe que van del héroe mítico (Mírcea Eliade, Gilbert Durand) al héroe problemático de Lukács, y luego se proponen cuatro tipos de héroe combinando criterios históricos e ideológicos: héroe barroco, burgués, romántico y fragmentario, cada uno ilustrado con ejemplos tomados en su mayoría de la tradición literaria francesa.

El capítulo II se consagra a la evolución de la forma narrativa y se organiza en dos bloques bajo los epígrafes “Instancias oposicionales del espacio narrativo” y “El narrador y su relato”. En el primero se repasan tres tipos de oposiciones que se sitúan en niveles discursivos diferentes: la oposición historia/ficción, que remite al plano de la referencia y de la capacidad de la novela para representar la realidad, y que da pie al autor para extenderse acerca de la aparición y desarrollo de la novela realista en Francia; la oposición historia/discurso, ya planteada desde los formalistas y que diferencia el *qué* se cuenta del *cómo* se cuenta; y la oposición entre narración/descripción. En el segundo bloque, se comentan por una parte las relaciones que el autor puede mantener con su novela y que se hacen explícitas en el paratexto –lo que viene a conformar una historia de la novela hecha por los propios autores–, y por otra parte, las relaciones del narrador con la historia que narra (voz, focalización).

El último capítulo está dedicado a resumir los planteamientos básicos de las corrientes más destacadas de la teoría literaria contemporánea, y a describir tres formas de plantear el análisis de la novela: las estructuras materialistas (Lukács, Goldman, Girard); las estructuras míticas (Levi-Strauss, Dumézil, Mírcea Eliade); y las estructuras lingüísticas.

Quizá el libro peca de cierto exceso en su afán por incorporar la mayor parte de los conceptos teóricos en uso, lo que a veces provoca imprecisiones, y por atender a muy diversas perspectivas de análisis: histórica, sociológica, semiótica, temática, estructural. Una selección más estricta de esa información general le hubiera permitido al autor desarrollar con mayor profundidad su propia propuesta de avanzar hacia una teoría de la novela más enfocada hacia la materia narrativa, el héroe, que hacia las formas. El seguimiento histórico-literario de la transformación del héroe novelesco desde su aparición en el Renacimiento con *El Lazarillo de Tormes* hasta el

héroe fragmentario o desdibujado de la novela contemporánea, que se realiza en el capítulo segundo, requeriría ser completado con una valoración ya no temática sino estructural y funcional del personaje novelesco, en la que se pusiera de relieve su estrecha vinculación, tan específica en el género de la novela, con las categorías del tiempo y del espacio por una parte, y de la enunciación por otra.

No obstante, *Hacia una teoría general de la novela* supone una reivindicación de la categoría del personaje, una de las más discutidas y cuestionadas en la narratología, como factor clave para una posible definición del género, y ofrece al lector interesado un amplio panorama de las aportaciones más relevantes de los estudios teóricos sobre la novela, ilustrado en todo momento con referencias críticas a textos concretos de la narrativa europea en general y francesa en particular.

CELIA FERNÁNDEZ PRIETO

GWYNN, R. S. *The Advocates of Poetry. A Reader of American Poet-Critics of the Modernist Era*. Fayetteville: The University of Arkansas Press P., 1996, 242 págs.

ALONSO, Amado. *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética*. Madrid: Gredos, 1997, 385 págs.

Se preguntará el lector –y con razón– del por qué de este singular emparejamiento. A esto yo le añadiría un interrogante más: ¿qué sentido tiene reseñar escritos que originalmente fueron publicados hace ya algunos años? He de reconocer que la libertad que me tomo en estas páginas puede ser fruto de un cierto oportunismo académico, pero no, desde luego, del capricho, ni tampoco –creo yo– de la ingenuidad. Reconozcámoslo: la crítica y la investigación literarias no son ciencias, al menos no como la medicina, la biología o la veterinaria. Una prueba evidente de ello la encontramos en el hecho de que en estas últimas, y por lo general, un estudio de más de diez años tiene pocas cosas nuevas o interesantes que decir. No así en nuestras disciplinas, en las que una buena obra parece no agotarse nunca. Pues bien, el objetivo principal de estas palabras no es ni más ni menos que el de reivindicar la plena vigencia, la calidad y la utilidad de unas obras, surgidas del campo de la Estilística Española y del ‘New Criticism’, que ahora han sido rescatadas para el mercado gracias a unas ocurrentes labores editoriales.

Pero “otros hay rebeldes a la luz; no reconocen sus caminos ni frecuentan sus senderos” (Job 24,13). Algo así nos viene a decir R. S. Gwynn en su introducción a *The Advocates of Poetry* si por oscuridad entendemos el ofuscamiento